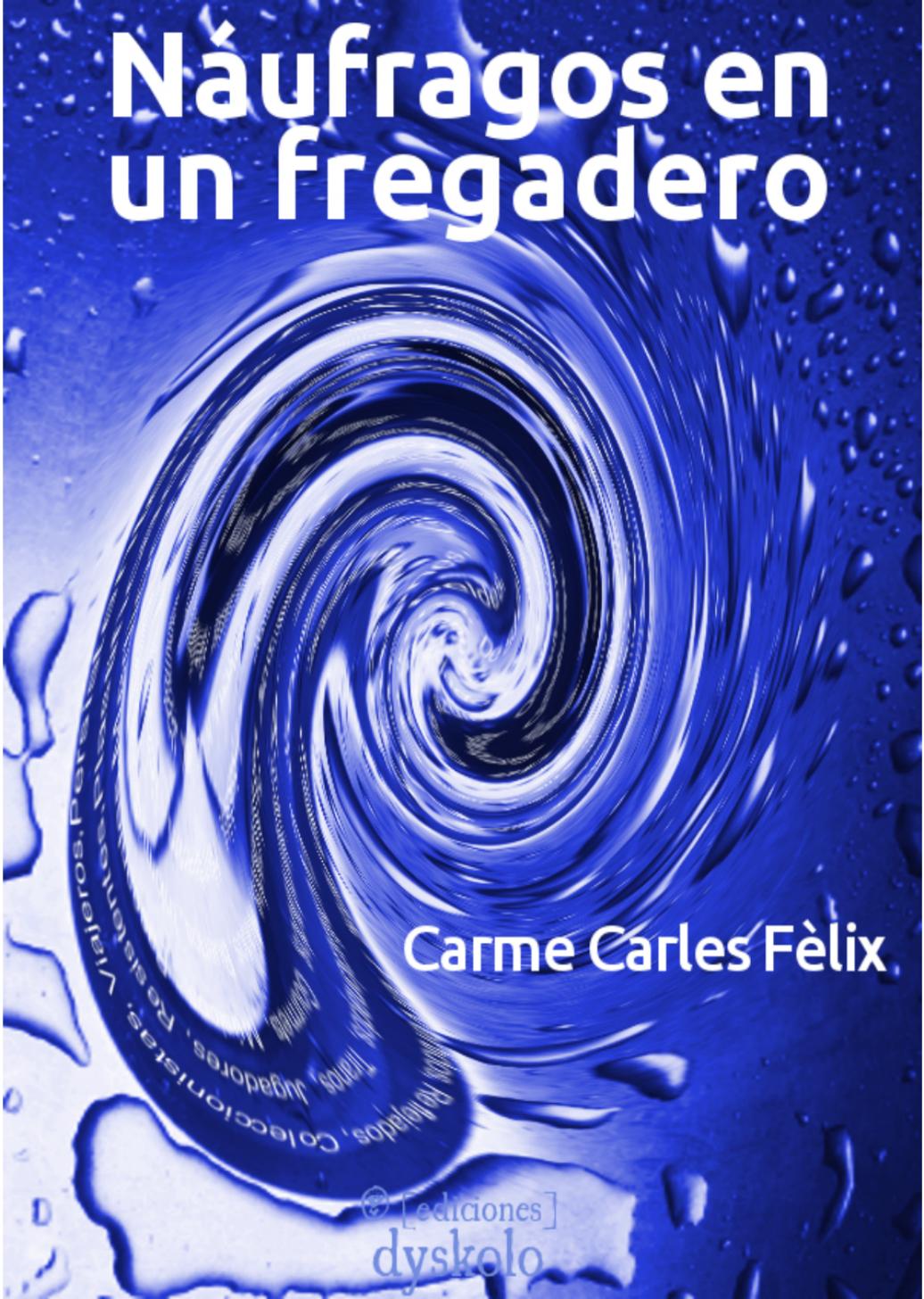


Náufragos en un fregadero



Carme Carles Fèlix

© [ediciones]
dyskolo

NÁUFRAGOS EN UN FREGADERO

CARME CARLES FÈLIX

Náufragos en un fregadero

Carme Carles Fèlix



1ª edición, diciembre 2014

Presentación de Juan José Colomer Grau

Esta obra está bajo una licencia

Creative Commons Attribution-NonCommercial-
NoDerivatives 4.0

Identificador Safe Creative: 1412182798917

Ediciones Dyskolo (www.dyskolo.cc) es un proyecto editorial sin ánimo de lucro que busca establecer una nueva relación entre quienes escriben y cuantas personas disfrutan de la lectura. Nacido en 2014, Dyskolo busca fomentar la difusión de la cultura de una forma abierta, libre y participativa, publicando sus obras únicamente en formato digital, bajo licencia Creative Commons y sin restricciones tecnológicas (DRM).

PLASTIFICADOS



Cuando el médico, con ademán científico y mirada humana, le aconsejó que debía someterse a un trasplante de corazón, se rindió a la evidencia. Solo pidió que cuando le quitaran el suyo de carne, le pusieran un corazón de plástico. El médico asombrado de su petición perdió la compostura y puso mirada de asombro. Siempre he creído que el plástico es un material perdurable, seguro y limpio dijo él convencido. Y pidió hora para la intervención.

El médico se lo comentó a los otros médicos. Estos inmediatamente se mostraron reacios a implantar un corazón de plástico. Debían disuadirle. Uno tras otro le explicaron que, si bien el corazón de plástico era perdurable, seguro y limpio tenía un inconveniente. Una vez hecho el trasplante, ya no sentías nada. Ni dolor ni alegría. Ni pena ni gloria. Un vacío sentimental se instalaba en tu alma que, incapaz de experimentar cualquier emoción, se volvía también de plástico.

Pero a él no le importó. Prefirió la posibilidad de una vida larga, a la certidumbre de una vida plena. Los médicos no pudieron hacer nada para disuadirle y una mañana a las ocho, le trasplantaron un corazón de plástico.

La operación fue un éxito y el corazón de plástico sustituyó perfectamente el suyo tan deteriorado. A partir de aquel día, no hubo actividad que no realizara por arriesgada que fuera.

Ni comida que no catara por picante y grasienta que estuviera cocinada. No tuvo que preocuparse por si la pobreza superaban con creces las expectativas más pesimistas, ni por si el planeta se agotaba o por si los políticos corruptos campaban por sus anchas. Pero tampoco se alegró de los logros de sus semejantes ni de los éxitos de sus amigos ni de los triunfos de sus partidarios. Su mundo se enrocó en un paraíso sin problemas con su nuevo corazón de plástico.

El día que notó una punzada en el hígado no lo dudó, habló con el médico. Y este sin poder disuadirle, le trasplantó un hígado de plástico.

Y a partir de entonces, vivió obsesionado con ir sustituyendo los órganos que se le iban deteriorando por otros de plástico. Con ellos se sentía inmortal.

Estaba feliz con su cuerpo renovado. Lo único que no hubo manera plastificar fue la sangre. En contacto con los nuevos órganos de plástico, iba perdiendo sus cualidades vivificadoras.

Por más que buscó, ningún laboratorio supo crear un líquido alternativo a la sangre.

Tras agotar todas sus reservas, a pesar de las continuas transfusiones, la sangre ya no le sirvió. Murió sin que sus perfectos y durables órganos de plástico pudieran hacer nada.

A la hora de enterrarlo, los médicos no supieron qué hacer. Su cuerpo era más plástico que carne.

Al final venció la lógica. Desmontaron las piezas y lo enterraron en un flamante contenedor amarillo.

TIRANOS



Tic-tac, tic, tac, tic tac, tac, tac, tic tac.

Apenas despuntaba el día, el reloj dirigía hacia el cuadro su esfera de cristal. Era muy parecido a un monóculo gigante que le devolvía la imagen de Ella. Tal y como lo había estado haciendo a lo largo de los años que colgaban juntos.

Las saetas del reloj eran las únicas que notaban el temblor que sentía al verla y por un segundo, perdían el ritmo que él les dictaba.

El reloj era el amo, el señor del tiempo y ejercía su dominio como un tirano desde el día que lo colgaron de un clavo. Clavo que no se libró de la deshonra de volverse herrumbroso, triste recompensa por el esfuerzo de mantenerlo colgado.

Ella era la perfecta imagen que uno espera ver en un cuadro de época. No había perdido ni un ápice de gracia y lozanía en todos los años que llevaba colgaba en la pared. Con desdén, ignoraba las señales que él le enviaba y seguía sonriendo a los que se detenían a mirarla.

Habían pasado muchos años. Todo cuanto les rodeaba en el cuarto se había deteriorado de acuerdo con las instrucciones del poder del reloj. Todo había sucumbido a sus implacables ordenes. Excepto la joven.

Porque Ella hacía caso omiso a las órdenes arbitrariamente dadas y se mantenía altiva. Ninguna arruga, ninguna mancha, ninguna cana afeaba su bella estampa. Y esto selló su destino.

Ante su desdén, un odio oscuro fue envolviendo la estancia. El reloj no dejó pasar por alto el descaro de la joven de permanecer siempre igual.

Un atardecer, cuando el sol declinaba sus rayos al compás de la batuta de una partitura invisible, el reloj rompió su esfera. Dio rienda suelta a su venganza. Las agujas surcaron el aire y con precisión, se clavaron en las pupilas de la joven, robándole todo su encanto.

El reloj, a pesar de haberse amputados los apéndices, siguió implacable con su mandato. Pero ahora, solo el corazón de ruedas dentadas daba testimonio de su latir. Los pedazos de su esfera rota acabaron convertidos en lágrimas no vertidas por los ojos ciegos de la muchacha del cuadro.